

en sus potencias y facultades naturales, porque el conocimiento de ellas es importantísimo para alcanzar la inteligencia de los raptos y excesos mentales, de que largamente trataremos más adelante.



## CAPÍTULO II

DE LAS POTENCIAS DEL ÁNIMA Y DE CÓMO EN ELLA RESPLANDECE LA IMAGEN DE DIOS, Y SE DESCUBRE NUESTRA FINAL BIENAVENTURANZA.

**C**INCO géneros de potencias hay en el ánima; conviene á saber: vegetativa, sensitiva, intelectual, apetitiva y motiva. Y de la vegetativa no digo nada, porque no me importa. La sensitiva se divide en cinco sentidos exteriores y cinco interiores. Los exteriores todos los sabemos, que son vista, oído, olfato, gusto y tacto, los cuales todos aprenden y perciben sólo las cosas presentes. Los interiores aprenden las ausentes, y tienen su asiento en la parte interior de la cabeza, esto es, en el cerebro, el cual se reparte en tres celdillas, que comunmente llaman propra, papa y medio.

El primer lugar entre los interiores lo tiene el sentido común, y él es el origen y fin de todos los sentidos exteriores, porque por los nervios que los médicos llaman ópticos, derivados del sentido común, la virtud animal es llevada á

cada uno de los órganos de los dichos sentidos exteriores, y de allí las intenciones ó especies de las cosas sensibles pasan al sentido común. Dijo Alberto Magno que se ha el sentido común, respecto de los sentidos exteriores, como el centro del círculo á su circunferencia; pues como todas las líneas convienen y se unen en el centro, y de allí salen á la circunferencia, así la virtud de los sentidos exteriores originalmente se deriva del sentido común, porque es principio de ella y en él se determina, porque es juez de todos. Los actos del sentido común son tres: el primero es *doblarse* y convertirse sobre los actos y objetos de los sentidos exteriores y conocerlos, y así dice: *Yo oigo, y conozco que oigo; veo, y conozco que veo*; lo cual no puede hacer el ojo ni el oído, porque ninguna potencia allegada á la materia y á la substancia corporal ú orgánica se conoce á sí misma, ni su acto propio, esto es, doblarse sobre sí, y es negocio de otra potencia inmaterial, como es la razón y voluntad. El segundo acto es *juzgar* y discernir entre los objetos de los diversos sentidos, y así juzga que lo blanco no es lo dulce en la leche; y así vemos que el perro, viendo la leche, juzga que es dulce y de comer, el cual juicio no hace de la piedra aunque la ve blanca, y con esto se demuestra que la vista no puede diferenciar entre dulzura y blancura, porque, por sí, no conoce lo dulce, sino lo blanco. Mas el sentido sobredicho juzga de los objetos de todos los sentidos

exteriores, y por eso se llama común. El tercer acto es conocer apropiadamente los cinco sensibles comunes, que son: movimiento, quietud, número, figura y magnitud. Y dícense sensibles comunes, porque á ninguno de los sentidos son particulares; que el oído percibe número, como se ve en el reloj, que se oyen las horas y se cuentan; y el movimiento se ve en el tropel de los de á caballo, y por consiguiente también la quietud, que es privación del movimiento, etc.

Síguese la virtud imaginativa, que es el segundo sentido interior, que retiene las especies sensibles que por el sentido común son recibidas de los sentidos exteriores, y esto en ausencia de los objetos, lo cual no puede hacer el sentido común, que para el acto de sentir requiere estar la cosa presente (salvo entre sueños); la imaginación no tiene necesidad de la presencia del objeto, porque muchas veces imaginamos de lo ausente como si estuviera presente. El tercer sentido interior es la *fantasía*; su órgano está en medio del cerebro, como centro entre la imaginativa y estimativa, y por perfeccionarse con calor se mueve fácilmente, y anda en continuo movimiento, dividiendo y componiendo. Santo Tomás (1) y otros muchos afirman que, esencialmente, son una cosa imaginación y fantasía, aunque hay distinción de razón; porque, en cuanto conserva las especies y es tesoro de

(1) S. Thom., 1 p., q. 78, art. 4.

ellas, se llama imaginación, esto es, conservadora de imágenes. Mas, en cuanto compone de las tales formas é imágenes diversos caprichos y apariencias, se dice fantasía. Avicena y Alberto Magno las hacen potencia distinta de la imaginativa, y parece que tienen razón; porque, fuera de las muchas que ellos traen, basta ver que tienen diversos órganos, pues el de la imaginación está en la parte anterior del cerebro, en la segunda celdilla cerca de la frente, y el de la fantasía está en medio del cerebro, como queda dicho. En el hombre se llama esta virtud *formativa* en cuanto obedece á la razón, porque compone una especie con otra y hace aparecer monstruos extraños. Os forjáis con la imaginación un monte y aprendéis oro, y la fantasía compone luego un monte de oro, y otras muchas cosas quiméricas, de partes incompatibles. Esta facultad fantástica impide grandemente al entendimiento cuando se le imprime algo de las cosas celestiales, porque ocupa demasiado al ánima, dividiendo y componiendo imágenes, no sólo las recibidas de los sentidos, sino fingidas y quiméricas; y así, estorba lo que concibe el entendimiento, que es muy de ordinario desemejante á las imágenes y ficciones de la fantasía. Y porque diré muy en particular en otra parte lo que importa tener arrendada y atada esta potencia para la meditación y contemplación, me paso al cuarto sentido interior, que es la *estimativa*. El oficio de ésta y su operación es, de las cosas percibidas

con los sentidos exteriores, ó de las especies guardadas en la imaginación, sacar intenciones ó imágenes no percibidas por los sentidos, como se ve en la oveja, que de sola la figura del lobo huye. Esta facultad difiere de la imaginativa, que solamente retiene las formas que aprendió por el sentido común; la estimativa, de las dichas formas aprendidas por el sentido común y guardadas por la imaginación, saca intenciones de lo que es dañoso ó provechoso, según que dijimos de la oveja, que huye del lobo temiendo su daño, lo cual no se percibe por el sentido. Difere también de la fantasía, porque ésta solamente saca intenciones, mas la estimativa compone unas con otras, y de ambas resulta afecto de misericordia ó de odio. De manera, que esta facultad no sólo es aprensiva, sino motiva, porque determina á qué se ha de mover el animal, y de qué ha de huir.

El quinto y último sentido interior se llama *memoria sensitiva*; su oficio es reservar universalmente, así las formas depositadas en la imaginación como las intenciones formadas por la estimativa y compuestas unas con otras por la fantasía; porque el ánima, con la memoria, vuelve sobre las cosas sensibles que están fuera de ella, mediante las especies é intenciones guardadas en los sentidos interiores. En pos de la memoria viene la *reminiscencia*, que á sólo el hombre pertenece, y consiste en una investigación silogística, de manera que, de algunas cosas

que se acuerda, viene á acordarse de otras pasadas de que estaba olvidado. Esto tiene la memoria en el hombre, por la vecindad del entendimiento, por cuya redundancia es de mayor eficacia y virtud que en los brutos.

Y llegamos á la tercera potencia, que se llama *intelectiva*. Mediante esta potencia cognitiva, es hecha el alma hábil para conocer á Dios sobre sí, al ángel junto á sí, y á sí misma en sí, y á todo lo que se contiene sobre el Cielo debajo de sí. Divídese en dos potencias, conviene á saber: en entendimiento *agente* y *posible*. El entendimiento agente negaron algunos, y entre ellos fué Durando, el cual consecutivamente negó las especies inteligibles y sensibles. Otros lo han concedido, aunque en explicar su naturaleza anduvieron descarriados y fuera de camino, diciendo que era el mismo Dios, lo cual es falsísimo, erróneo y contra toda razón; porque el entendimiento agente, cuyo oficio, según el parecer de Aristóteles, es hacer inteligibles en acto las cosas que lo son en potencia, no entiende, pero Dios sí; ítem, el entendimiento agente hace inteligible la naturaleza de las cosas, mas no es causa de ellas, como la luz que, haciendo parecer los colores, no los causa. Pero ¿quién dirá que Dios no sea causa total de todas las cosas, y de quien todas dependen en el ser y en su conservación? Es, pues, este entendimiento una potencia del ánimo distinta del entendimiento posible, no sólo cuanto á los oficios, sino también cuanto á

su entidad y ser. Esta potencia sirve á nuestra ánima por el estado presente como de hacha ó luz, no porque ella lo sea formalmente hablando, sino porque, como la luz material sirve á la vista para que vea los colores que antes no veía por la obscuridad y tinieblas, así el entendimiento agente alumbrá á nuestra ánima, haciendo que lo que era en potencia inteligible lo sea en acto, dando á luz para que la naturaleza se represente al entendimiento posible desnuda de las propiedades y condiciones materiales. Por lo cual la acción de ese entendimiento se llama abstracción, porque hace representar uno y no otro, así como la lumbre corporal hace parecer el color de la manzana y no el olor. Y aunque este entendimiento formalmente no se diga entender, podemos empero decir que entiende causalmente, porque produce y causa especie inteligible, que representa lo que ha de ser entendido por el entendimiento posible. Éste, siendo uno, y su oficio entender, se diversifica según diversas razones formales y operaciones que en él se hallan, y así se llama *entendimiento* cuando entiende alguna cosa con conocimiento simple. Dícese *razón*, en cuanto entiende con discurso, y deducido uno de otro. También se llama *razón superior* é *inferior*: la superior, como dice San Agustín (1), atiende á las cosas eternas de dos maneras: lo primero, mirándolas y contemplándolas en sí

(1) Aug., lib. 12 de *Civitate Dei*.

mismas, en cuanto tales; lo segundo, consultándolas y sacando de ellas las reglas de cómo ha de vivir y obrar. Como si dijese: todo lo que por la ley de Dios está prohibido se ha de evitar; luego el adulterio. Todo lo que la ley de Dios manda se ha de hacer; luego el guardar las fiestas y honrar los padres. La razón inferior juzga de las cosas transitorias por leyes humanas, como es decir: no se ha de hacer cosa deshonesta por la torpeza del acto, por la dignidad de la razón, por la ofensa de los hombres y por el deshonor de la república. Llámase también este entendimiento *inteligencia*, que es una fuerza del ánima cognitiva, que inmediatamente recibe de Dios una cierta luz natural, por la cual se conocen los primeros principios de las cosas; principios que pueden escudriñarse ser verdaderos y ciertos, conociendo los términos. Como si dijésemos: *de cualquiera cosa se puede afirmar ó negar, y de ninguna lo uno y lo otro; ó lo espiritual es mejor que lo corporal, y el todo es mayor que su parte*. Otros dicen que se llama *inteligencia*, en cuanto actualmente entiende, y así llaman algunos á las substancias espirituales *inteligencias*, porque entienden siempre actualmente. Dícese *memoria*, en cuanto conserva las especies inteligibles y es tesoro de todas ellas. Dícese *pasible*, en cuanto recibe las semejanzas y formas inteligibles de las cosas; así dijo Aristóteles (2) que *el entender*

(2) Arist., 3 de *Anima*.

*era padecer*. Dícese *especulativo*, en cuanto tiene por fin contemplar y entender la verdad de las cosas; y *práctico*, en cuanto conoce las cosas y las ordena para alguna obra. Aristóteles, en el lugar citado, dice que el entendimiento especulativo se hace práctico extendiendo la especulación á la obra, esto es, juntándose á la voluntad y á la obra. Dícese *razón*, en cuanto de las premisas saca conclusiones. Dícese *conciencia*, porque, mediante la natural luz que recibe de Dios, juzga ser buenos los primeros principios morales, y dignos de ser amados y puestos en ejecución, y pertenece al entendimiento práctico. Los actos de la conciencia son: remorder, aguijonear, gozarse y moverse.

Habiendo explicado las potencias sensitiva é intelectual, justo es nos detengamos en lo apetitivo del ánima; para cuya inteligencia se note que á cualquiera potencia cognitiva corresponde virtud apetitiva. Porque la experiencia nos muestra que, cuando la potencia aprensiva alcanza alguna cosa conveniente, en la tal aprensión se goza el alma y se ensancha, y si no es conveniente se espanta, se atemoriza y la aborrece, y esto por la potencia apetitiva. Hay, pues, dos fuerzas apetitivas proporcionadas á las dos cognitivas, conviene á saber: apetito sensitivo, sensual ó animal; y apetito intelectual, racional ó voluntad. El apetito *sensitivo* es una fuerza afectiva, dispuesta para moverse por la aprensiva. El objeto de este apetito es el bien particular,

útil ó deleitable, al cual se opone el mal particular, aprendido por el sentido interior ó exterior. La *sensualidad* es una fuerza del ánimo sensitiva, que apetece todas las cosas agradables al cuerpo y da de mano las dañosas, y es la misma que el apetito sensitivo, aunque, por la rebeldía que tiene á la razón, conviene á los hombres y no á los brutos. El apetito intelectual, racional ó *voluntad*, es una fuerza afectiva del ánimo racional, dispuesta para moverse inmediatamente con el acto de la razón cognoscitiva. El objeto de la voluntad es el bien universal apartado de materia, ó el bien honesto, ó el bien conocido por el entendimiento. Los actos de la voluntad son en dos maneras. Unos *elícitos*, que inmediatamente proceden de ella, y son seis, conviene á saber: querer, gozar, atender alguna cosa, elegir, consentir y usar. Otros son *imperados*, conviene á saber: los elícitos de todas las otras potencias que obedecen á la voluntad y se mueven á sus operaciones por su imperio. Así, por ejemplo, porque manda la voluntad, ven los ojos ó no ven, entiende ó no entiende el entendimiento. Las potencias que obedecen á la voluntad son los sentidos exteriores é interiores, el apetito sensitivo y la razón. Los que no se le sujetan son las fuerzas vegetativas, las pulsativas del corazón y los movimientos de los instrumentos de la generación; que muy poco aprovecha que la voluntad mande que yo no crezca, ó que el corazón esté quedo, ni que el ardor de la carne se apague.

Y porque hemos tocado en la voluntad, y la confesamos por reina y señora de todo este reino espiritual del alma, y del conocimiento de ella resulta gran claridad para todo lo que del amor se dijere, me pareció ser necesario hacer, aunque brevemente, una como anatomía de ella. Todos saben que es una, y por los diversos actos tiene diversos nombres, y se divide en diversos modos de querer. Distínguese, pues, lo primero en voluntad *natural*, que es llevada á alguna cosa conveniente ó dañosa sin deliberación de la razón que la mueva á algún fin, sino naturalmente; y en voluntad *deliberativa*, en la cual se halla discurso de razón, y sin él, según el bien ó el mal. Distínguese lo segundo en *porción superior é inferior*, como ya de la razón dijimos, porque la voluntad deliberativa, que sigue el conocimiento de la razón según la porción superior, se dice porción superior de la voluntad, y mira á Dios y á las leyes eternas. Pero la voluntad que sigue al conocimiento de la razón inferior se dice porción inferior de la voluntad, y mira al prójimo. A ésta llamaron los Santos *mujer*, respecto de la porción superior, que dijeron *varón*. Lo tercero, se divide la voluntad en *concupiscible é irascible*; la irascible endereza y rige la fuerza racional, y por ella hace diferencia el ánimo entre lo verdadero y lo falso, y entre lo bueno y lo malo; por la voluntad concupiscible apetece el bien; por la irascible desecha el mal. Y porque para cualquiera obra son ne-

cesarias tres cosas, esto es: saber, querer y poder, por virtud de la razón sabemos; por la voluntad concupiscible queremos y apetecemos, y por la irascible podemos. Estas dos fuerzas pusieron los filósofos en sola la sensualidad; pero los teólogos afirman hallarse también en el espíritu racional. Finalmente, se divide la voluntad en *libre albedrío* y *sindéresis*. El libre albedrío es una facultad de la razón y voluntad, y así no es especial potencia distinta de la voluntad y la razón, sino una cierta libertad que de estas dos potencias, voluntad y razón, resulta, para hacer alguna cosa fácilmente; y así es que este nombre *liberum arbitrium* tiene dos partes: la primera responde á la voluntad, que es libre; la segunda á la razón, que es arbitraria. La *sindéresis* es una fuerza apetitiva del ánima, que recibe inmediatamente de Dios una natural inclinación al bien, por la cual es traída á seguir la moción del bien, representado por la aprensión de la conciencia simple, porque como á toda fuerza afectiva haya de preceder fuerza cognitiva, y como dijo San Agustín: *No amamos por la voluntad, sino lo que conocemos por la razón*, al *sindéresis*, que es fuerza afectiva del ánima, precede la conciencia, enderezándola y mostrándole de qué manera deba estimularse para el bien y huir para el mal. Tiene la *sindéresis* muchos actos, y por consiguiente muchos nombres: así se llama *centella* y *brasa de la conciencia*, *porción virginal*, *ápice de la mente*, *espíritu*

que pide con gemidos inenarrables, y gusano de los condenados.

En lo que toca á la *virtud motiva*, brevemente decimos que usa de ella el alma cuando está separada del cuerpo, y aun estando en él no será fuera de camino afirmarlo, como se verá en los raptos, donde, por la suavísima contemplación y trato con Dios, con arrebatado ímpetu lleva tras sí el cuerpo. De manera que, por entonces, el alma se mueve por sí, y no al movimiento del cuerpo. No trato ahora de la virtud motiva que hay en el alma, mediante la cual dilata y extiende los miembros ó los aprieta y encoge, ó procede de un lugar á otro, pues éstas son cosas de poco momento para el fin que pretendemos, que es aficionar la voluntad á la consecución del sumo Bien, para que de esta manera se mueva á amarle y poseerle, porque á solo el amor se da la posesión de Dios. Pero díganme los curiosos escudriñadores de las obras de naturaleza, ¿cómo se les pasa por alto ésta tan grande y admirable armonía del alma? Y si han mirado en ella y penetrado sus secretos, ¿cómo no salen de sí, considerando la infinita sabiduría, poder y bondad de aquel Artífice soberano, que en una simple substancia cifró y acumuló cosas de tanta admiración? Lleno de ella exclama Enrique de Asia diciendo: «Ánima mía, alabad al Señor, porque, en cuanto imagen suya, sois capaz de El, para que por la memoria le tengáis siempre presente, y ni de sus beneficios ni misericordias os

»olvidéis un punto; para que por la inteligencia  
 »tratéis con vos, cómo en Sí mismo es inefable,  
 »incomprensible, y en sus criaturas admirable;  
 »para que por la voluntad elijáis á solo Él, y á solo  
 »Él honréis y améis. Admirable es en la potencia,  
 »de la cual están pendientes todas las cosas que  
 »de nada crió y se conservan en su ser. Admirable  
 »en la sabiduría, por la cual decentemente  
 »dispuso y gobierna todas sus criaturas. Admirable  
 »en la benignidad, porque abundantemente  
 »te las llenó de su bondad y las hizo de prove-  
 »cho». Mírate á ti, ánima mía, y hallarás que te  
 dió la memoria como un armario de sus gran-  
 dezas y guarda de sus beneficios; dióte la inte-  
 ligencia como testimonio de la ley natural y di-  
 rectorio infalible de las cosas que hubieses de  
 hacer; dióte, mediante la voluntad, un imperio  
 ejecutor, libre de toda virtud. ¡Oh, qué bien  
 dijo el Profeta: Señalada está sobre nosotros la  
 lumbre de nuestro rostro! (1). Esta lumbre te  
 muestra los bienes, con esta diferencia: lo falso  
 de lo verdadero: conoces lo que te conviene y  
 lo que te está mal, el vicio y la virtud, para que  
 acaso, so especie de bien, no hagas mal, ni por  
 ocasión de las virtudes declines á los vicios, que  
 muchas veces éstos vienen con máscara de vir-  
 tudes, queriendo parecer justicia lo que es ira,  
 y libertad cristiana lo que es desenfrenada so-  
 berbia. Para todo lo cual, y lo demás que se te

(1) Ps. 4.

ofreciere, te dotó Dios de esta luz natural, que  
 infaliblemente te muestra lo que debes seguir,  
 si no es que, por convertirte á las criaturas in-  
 feriores, acordándote de ellas, entendiendo en  
 ellas, amándolas y conformándote con ellas, y  
 teniéndolas por objeto, te apartases de la razón  
 que en ti hay de imagen de Dios, por esta con-  
 formidad te quedas con el vestigio y huella de  
 Dios como lo son ellas. Y por que de esta repú-  
 blica, tan concertada, del ánima y sus poten-  
 cias se nos descubra algo de lo que es la bien-  
 aventuranza que esperamos, note el cristiano  
 lector una divina teórica, ordenada por San  
 Buenaventura en su *laudatorio*, la cual, si con  
 afecto de la voluntad, viveza de la memoria y  
 agudeza de entendimiento despacio rumiares, no  
 dudo que salgas muy aprovechado en el cono-  
 cimiento y amor de Dios. Dice, pues, nuestro  
 seráfico doctor con San Juan (1): «*Ésta es la*  
*»vida eterna, conocerte á Ti ¡oh Dios verdadero!*  
*»y á Cristo, Hijo tuyo, que enviaste al mundo. ¡Oh*  
*»vida eterna! ¡Oh vida bienaventurada, que con-*  
*»siste en la noticia de Dios, el cual, conocido*  
*»por la inteligencia, necesariamente es amado;*  
*»y, amado por la voluntad, necesariamente se*  
*»tiene y se posee; poseído por la memoria, ne-*  
*»cesariamente deleita; deleitando por la frui-*  
*»ción, necesariamente quieta; quietando por el*  
*»cumplimiento de los deseos, necesariamente*

(1) Joan., 17.

»beatifica. Pero ¿cómo beatifica? Por la ausen-  
 »cia y destierro de todo mal y presencia de todo  
 »bien, pues la vida eterna de tal manera se per-  
 »fecciona por la agregación de todo bien, que  
 »no es inficionada con mezcla de ningún mal.  
 »Porque por el sumo Bien está desterrado y des-  
 »arraigado de ella todo el mal, general y total-  
 »mente, porque no hay culpa, ni pena, ni mise-  
 »ria, ni queremos el mal, ni le podremos obrar.  
 »El bien presente que ayuda á nuestra beatifi-  
 »cación es de tres maneras: substancial, con-  
 »substancial, accidental. El *substancial*, de parte  
 »del ánima, consiste en la visión clara, en la  
 »atención segura y en el amor perfecto; en la  
 »visión clara de la suma Verdad, porque los  
 »bienaventurados ven á Dios cara á cara. En la  
 »atención segura del Bien sumo, arduo ó dificul-  
 »toso, porque los bienaventurados poseen y ten-  
 »drán á Dios siempre. En la dilección perfecta  
 »del sumo Bien, porque los bienaventurados go-  
 »zarán á Dios con el deseo y deleite. El bien  
 »*consustancial* consiste en la gloria del cuerpo,  
 »la cual se llama estola segunda, porque junta  
 »con él el ánima más perfectamente; se endere-  
 »za y camina al sumo y sempiterno Bien. Ha-  
 »brá, pues, en los cuerpos de los escogidos cua-  
 »tro nobilísimas condiciones, que por otro nom-  
 »bre se dicen dotes y premios consustanciales,  
 »los cuales perfeccionan el cuerpo, que es orde-  
 »nado á la acción del ánima. Esta es en dos ma-  
 »neras, conviene á saber: conocimiento y amor.

»El *conocimiento* es á quien se ordena la cari-  
 »dad, porque el espíritu es clarificado en la vi-  
 »sión de la luz eterna, y así debe resultar gran  
 »claridad en su cuerpo. La *dilección* es delec-  
 »tación grande, que consiste en la comunica-  
 »ción de un conveniente con otro conveniente, á  
 »cuya causa habrá en el cuerpo glorioso impasi-  
 »bilidad, sutileza y agilidad. Impasibilidad, para  
 »que el espíritu no sea retraído y apartado de su  
 »Dios, el cual, por estar hecho todo impasible,  
 »ha de tener en su cuerpo total impasibilidad.  
 »Ha de haber sutilidad y espiritualidad, para  
 »que ninguna cosa se interponga y medie entre  
 »el amante y el Amado. Y porque, en el amor del  
 »sumo Bien, el espíritu humano es hecho todo  
 »espiritual, debe responder en su cuerpo esta  
 »sutileza y espiritualidad. También es necesaria  
 »la agilidad, para que el ánima se junte á Dios,  
 »y, por tanto, ha de haber en el cuerpo glorio-  
 »so suma agilidad ó ligereza. El bien *accidental*  
 »consiste en el gozo de las criaturas, conviene á  
 »saber: en la compañía de todos los santos, án-  
 »geles y hombres; en la contemplación de las  
 »penas infernales, que por la misericordia de  
 »Dios evitaron, las cuales sufren los condena-  
 »dos, con no pequeño resplandor de la divina  
 »Justicia; y, finalmente, en la vista del Media-  
 »dor entre Dios y los hombres, Cristo, y su glo-  
 »riosa Madre». Así decía San Bernardo: *Dulce*  
*cosa es, y de gran deleite, contemplar y ver el Sol,*  
*y la Luna vestida del Sol; esto es, á Cristo y á su*

*Madre.* ¡Oh vida eterna, tan desemejante de esta caduca que vivimos, en la cual la racional está lagañosa é ignorante de la verdad, la irascible está callando y llena de miedo de la majestad, la concupiscible muere de sed y, menesterosa y falta de deleites, fenece! ¡Oh Patria verdadera, donde la razón no tiene lagañas, sino que clara y abiertamente ve lo que acá debajo de figuras se le muestra; la irascible tendrá de seguro lo que acá debajo de peligro espera; la concupiscible amaré perfectamente lo que acá con tantas quiebras y faltas goza! Allí tendrá la voluntad multitud de paz, la razón plenitud de luz, la memoria continuación de eternidad. Entonces será Dios todas las cosas en todos, cuando se apartare de la razón el error, de la voluntad el dolor y de la memoria el temor, y sucediere en la razón aquella maravillosa serenidad que esperamos, en la voluntad la divina fecundidad y alegría, en la memoria seguridad eterna en la felicidad soberana, que es una cosa bonísima y hermosísima, y por sí sufficientísima, y con la cual de ninguna criatura hay necesidad. Allí vacaremos y veremos, verémos y amaremos, amaremos y tendremos, tendremos y alabaremos á Dios, que sobre todas las cosas es bendito, en los siglos de los siglos. Amén.



### CAPÍTULO III

DE LAS PASIONES DEL ÁNIMA EN GENERAL, Y EN ESPECIAL DE LA DEL AMOR, QUE ES ORIGEN Y FUNDAMENTO DE TODAS.

**A**RISTÓTELES dijo que en el ánimo hay tres cosas de mucha consideración, conviene á saber: *potencias*, de que ya hemos tratado; *pasiones*, de que hemos aquí de tratar; y *hábitos*, de que al presente ninguna cosa diremos. Las pasiones son de muchas maneras; y, si de todas hubiéramos de escribir, para solas ellas era necesario otro tratado mayor que éste. Y así, estrechándome á lo más importante, trataré algo de pasiones en cuanto *pasión* se dice *movimiento del apetito sensitivo*, que *persigue cualquier percepción de cosa conveniente*, como gozo, alegría y esperanza. *O, de lo contrario*, como tristeza, dolor, temor, ira, etc. Las pasiones del alma tienen diversos nombres, según lo trata San Agustín (1), el cual dice que los griegos las llamaron *movimientos del ánimo*; los latinos, como Cicerón, *perturbaciones*; otros las llaman *afeccio-*

(1) S. Aug., lib. ix de *Civit. Dei*.